

Tecnocracia... un rostro alejado del humanitarismo

Wolton, Dominique. *À la recherche du "citoyen européen" la dernière utopie*. Francia, Flammarion, 1993. 456 p.

Diógenes buscaba un hombre; Dominique Wolton parte a la búsqueda del ciudadano europeo. Y no va solamente por cuatro caminos, sino que toma seis, ocho, diez... Este libro es, ciertamente, una gran ambición, pero, por lo mismo, es el resultado de un monumental esfuerzo. El autor define el objetivo de su obra diciendo: "Es éste el estudio de los cambios de razonamiento que deben efectuarse, si se quiere construir una Europa democrática y evitar que este objetivo, a la vez frágil y magnífico, se pierda". Hay que partir de las bases, y no de ciertas ideas fijas que se han manejado en Bruselas. Wolton sabe que los miembros de la Comunidad Europea han hecho mucho por concretar su proyecto de unificación; pero, según él, los problemas se dan desde el momento en que se cree que la unificación política vendrá como resultado del mercado común.

La unificación política pertenece a otro "orden de acontecimientos"; para que ésta se dé, debe partir de los sentimientos. La propuesta de Dominique Wolton puede parecer, entonces, como la búsqueda de la utopía europea; en muchas ocasiones su análisis es tan confuso, que pareciera que no hay posibilidad de concretar esta unidad política. En Maastricht se discuten democráticamente por primera vez los asuntos relevantes de la Comunidad Europea. Fue precisamente ahí donde se vio que el de Europa no es un problema de información, sino de origen de las opiniones. También hubo oportunidad de ver que ciertos modelos ya están dejando de ser útiles. Tal es el caso de la idea de modernización; es decir, aceleración del progreso material únicamente en la economía.

"La diferencia esencial entre la economía y la política es que la primera reposa sobre la categoría del interés, mientras que la segunda se fundamenta en los valores. Otra contradicción que se desprende del discurso paneuropeo es

el hecho de querer minimizar las diferencias entre los individuos. Sólo para poner un ejemplo, baste ver las distintas religiones que se profesan en este club europeo.

La propuesta de Wolton para tratar de rescatar el “sueño europeo” es dejar a un lado las loas al proyecto trazado y tratar de explicar a la ciudadanía europea qué es lo que realmente se ha conseguido hasta estos momentos. Hay que destacar elementos que son perceptibles en las economías nacionales, que son familiares a los ciudadanos comunes. Posteriormente, habrá que estudiar los estereotipos que se tienen de los distintos europeos, con el fin de eliminar prejuicios y buscar valores comunes. Todos estos esfuerzos tendrían como finalidad tratar de responder a la siguiente interrogante: ¿Puede el ciudadano encontrar en el proyecto europeo respuestas a los problemas que surgen en su nación? ¿Puede conjugar su experiencia individual con las ofertas de la comunidad?

Uno de los principales problemas por solucionar es la falta de democracia en los órganos políticos de la Comunidad. El ciudadano europeo se siente cada vez más ajeno a una serie de instituciones en las que no puede participar. Mientras Europa no sepa solucionar la paradoja de la “sociedad individualista de masas”, no podrá eliminar la distorsión existente entre la experiencia individual y la colectiva. El término mismo “cultura” no tiene significados iguales en los diversos países europeos: mientras en Francia se refiere a creación, a obra, en Alemania se aplica a la civilización y en los países anglosajones a formas de vida.

Dejemos de pensar que hay una cultura europea; lo que sí existen son “culturas europeas”. Tampoco hablemos entonces de integración cultural, sino de “interculturalidad” o de cohabitación cultural. La Europa democrática no puede ser solamente la prolongación de la Europa tecnocrática.

UMMI. P. Drovín. *Le Monde*.